

ANTONIO ÁLAMO

Tema: "El Eclecticismo y la tolerancia
en la Academia."

3 de junio de 1946

... Suplico al auditorio que le permita a mi sensibilidad el cumplimiento previo de un deber. El doctor Francisco de Paula Reyes, meritorio compatriota fallecido hace algunos años, publicó en el diario caraqueño "El Tiempo", edición correspondiente al 31 de marzo de 1900, un artículo en el cual, entre varios inmerecidos elogios, me hace el siguiente: "Todavía no tiene sillón de número, pero es académico. El índice del destino le determina con justa insistencia un asiento entre los académicos de la Historia". Vuele, pues, el latido de mi corazón hasta su tumba en suelo extranjero, en el instante mismo en que, cuarenta y seis años después, por el voto de benévolos amigos de hoy, se realiza el vaticinio del hidalgo amigo de ayer...

Señor Director y demás Miembros de la Academia:

Señoras y Señores:

Cuando fue creada esta Academia hacía tiempo que Montesquieu y Voltaire habían aplicado el sentido crítico a la Historia. Sin embargo, por causa del medio, que no tenía por qué ser de los más avanzados, el ambiente de su cuna era todavía romántico. Recuérdese que la evolución social no es uniforme, y que la cultura, por tanto, dista de ser repartida con equivalencia. Factible es, pues, calificar de idealistas a los individuos que la integraron, no obstante figurar entre ellos los doctores Laureano Villanueva, J. M. Núñez de Cáceres, Diógenes Arrieta y Raimundo Andueza Palacio, y el general Pedro Arismendi Brito, a quienes, por el tono de algunas de sus producciones científicas, literarias y políticas, tal vez no se les pueda aplicar el determinativo. Además, tenida en cuenta la índole doctrinal de la mayoría de sus colegas y de ellos mismos lo no trascendente de su radicalismo, el cuerpo colegiado tenía que concordar con el espíritu de la época.

Por lo antes dicho sorprende que el estadista que creó la Academia declarara en su discurso inaugural la necesidad de aplicar métodos positivistas al estudio y a la escritura de la Historia. De tal modo el doctor Juan Pablo Rojas Paúl señaló una consigna, más categórica si se quiere, que las que se derivan del decreto orgánico y de los estatutos. Consigna lógica porque responde a reclamo renovador, pero rara, por cuanto su proponente era, de abolengo y por temperamento, más retrospectivo que los de su propia generación.

¿De cuál modo correspondió la hija a la insinuación del padre? La respuesta la dan los trabajos de José Gil Fortoul, Pedro Manuel Arcaya, Lisandro Alvarado, Ángel César Rivas, Laureano Vallenilla Lanz, José Ladislao Andará, Vicente Lecuna, Rufino Blanco Fombona, Diego Carbonell, José Santiago Rodríguez, Eloy G. González, Mario Briceño-Iragorry, Vicente Dávila, Caracciolo Parra León, J. A. Cova, Ambrosio Perera y otros especializados en esta rama de la historiografía. Entre ellos algunos produjeron la mayor parte de su obra antes de ser académicos, pero el hecho de haber sido receptados pone de

manifiesto si no la solidaridad, porque en punto a ideologías este fenómeno no es corriente ni necesario, sí respeto y simpatía a las opiniones.

Ya en otras oportunidades desde la tribuna que ocupó se oyeron voces afirmadoras del criterio ecléctico de la Academia. La del doctor Francisco González Guíñan, cuando, con motivo de la recepción de Monseñor Nicolás E. Navarro, dijo que "La Academia de la Historia rinde culto a la libertad del pensamiento y respeta todas las creencias sin hacerse cargo de afirmaciones individuales"; la de Briceño-Iragorry cuando, en su contestación a la famosa monografía de Caracciolo Parra sobre la Instrucción Colonial en Caracas, asienta que "No impone la Academia una manera de pensar ni rechaza a quienes difieran del concepto que pueda seguir la mayoría", y la del doctor Juan José Mendoza, cuando, respondiente de la recipiendaria doña Lucila de Pérez Díaz, afirma, enfático de certidumbre, que "La actitud de la Academia es ajena a todo prejuicio". Mas, la comprensión tolerante de este instituto no es del todo gratuita sino en cierto modo preceptiva; porque en su misión compleja y permanente debe valerse de todas las doctrinas, ya que en tales lucubraciones la ética no requiere que sean uniformes las ideas sino que se propaguen con decencia.

Bien define el Catecismo al entendimiento: potencia del alma; es decir, vigor para efectos. No vale, pues, tener talento, sino actuar en funciones de talento. Ello, por amplios caminos, con grandes deberes y graves responsabilidades, asegura el éxito si al saber se une la sensatez. Y si tal es la norma en un sentido general, se acentúa cuando se trata de producciones históricas. Sin duda que éstas se falsean con el error y la ignorancia tanto como con la exageración y la idolatría. Se desvían, pues, por igual los historiadores que por entusiasmo casi no escriben sino que cantan y los que por analizar demasiado confunden la gestión de investigar con la de condenar. Dentro de esta clase de consideraciones podemos enorgullecemos de contar con historiadores dotados de aquellas cualidades sobresalientes. Han posado en esos sillones y pasado por esta tribuna, apóstoles y no vanílocuos.

Don Marco Antonio Saluzzo abre la cohorte de elocuentes. Tuvo el tino de asignar a la Academia la misión de "Exponer fielmente la fisonomía nacional", y acertó también con las fuentes de las cuales deberían emanar los elementos sociológicos para lograrlo. Erró, eso sí, al creer que en 1888 surgía la república cívica de 1830 y cesaban los abusos impeditivos de que fuera realidad un orden democrático con la amplitud federal que soñaran los legisladores de 1811. Lamentóse, con razón, de no haber visto hasta entonces "sino los propíleos de nuestra historia política: aspiraciones más o menos expresas que se confunden en vaguedades, sin posesionarse de la conciencia popular". Infortunadamente, el quejido del tribuno tuvo que ser de larga duración.

Más tarde el doctor Rafael Villavicencio planteó la tesis de "La Evolución Política y Social de Venezuela", tal vez con rigor. "Ni el mismo Jesucristo —dice— como hombre, está fuera de los juicios de la historia." Es curiosa, aunque ejemplar, esta afirmación en el mismo grupo donde tiene asiento otro eminente, Villanueva, autor de la ficción de que "Bolívar ocupa reino aparte entre los hombres y Dios". Villavicencio era colega del doctor Adolfo Ernst en cátedras de naturalismo, y al mismo tiempo, aquí, de don Amenodoro Urdaneta, fervoroso creyente. Sin embargo, cada uno en su línea, capaz, como Dionisio el Areopagita, de gritar su creencia en el trance ardiente del martirio, formuló el primero esta definición política del avance: "En el camino de las reformas democráticas los pueblos no aceptan concesiones a medias", y el segundo ésta, cristiana: "La Providencia no permite el retroceso de las ideas conquistadas". Dos sentencias de cerebros adversos que son fórmulas

de un mismo rumbo. ¿Cómo? Porque la sinceridad es la senda por donde dan sus más seguros pasos las verdades.

Don Manuel Fombona Palacio, tipo del académico clásico, al favor de una forma de escribir elegante, a veces conceptuoso; lúcido en el grado en que lo fueran distinguidos escritores de su ciclo; respetuoso de las fórmulas consagradas sin someter a tal rigor su ilustración y su intelecto, en recepción pública hace más de cuarenta años produjo famosa pieza oratoria expositiva de "Los Caracteres Épicos de la Guerra de la Independencia". Y respecto de ello ocurre considerar: si el entonces nuevo académico y la manera de su discursar, si el criterio según el cual juzgó la magna guerra y la cita de los héroes hecha por su extática admiración, tuvieron hace medio siglo brillo exclusivamente en aquella actualidad literaria ¿podría decirse lo mismo de su tema, es decir, que sólo en tal época merecía aplauso? No. Porque por más que se acentúan métodos y teorías positivistas subsistirán las teorías y los métodos idealistas; unas veces más, otras menos, y hasta alguna vez imperceptibles. El acto, lo más real que se puede concebir, en acepción lógica tiene, o tiende a tener, o puede tener, algún aspecto épico. Lo épico mismo es real en el instante en que sucede. Lo que ocurre es que el arte, modo estético de apreciar la vida, varía en su aspecto y fines según las modalidades de turno. Por eso cuando en la milicia el esfuerzo era fácil de individualizarse, lo egregio de la acción se simplificaba en el héroe. Después, con las transformaciones de la profesión guerrera la parcialidad cedió ante el grupo, la iniciativa personal ante la eficacia de la máquina, la hazaña ante la exactitud del método y, al poder del igualamiento sobre el anhelo de la superioridad, el eco de lo épico se fue apagando... pero no ha muerto. Entre lo ordinario y lo heroico se mueven la dignidad, la decisión, la bizarría, el sacrificio, la inspiración de la inmortalidad y la aspiración a la gloria. Es la graduación de lo perfecto. Nada en ello es contranatural, sino síntesis de una realidad grandiosa, a la que poco se avienen los atrofiados por la obsesiva inclinación a materializar. Pertinaces en lo prosaico eluden la fantasía. Con la pupila fija en la entraña, verdad objetiva, se desentienden de las otras verdades que vuelan. Fombona Palacio en el desarrollo de su tema re-vela la esperanza de que pueda surgir "Aquel a quien toque trazar el cuadro completo de nuestra Epopeya". Por desgracia de las letras nacionales no ha surgido. Y es extraña la falta, porque dado nuestro arsenal de proezas y lo nutrido que ha estado de poetas el Parnaso venezolano, hasta ahora no podemos exhibir el canto épico integral de nuestra grandeza homérica. Apenas algo relativo, pero valioso en vigor patriótico. "Venezuela Heroica", de don Eduardo Blanco.

Frente a las entidades épicas en que resume Fombona Palacio la gloria venezolana levanta don Amenodoro Urdaneta al hombre providencial. Es el argumento ortodoxo, consecuencia precisa de la creencia alerta. Porque, a menos que se opine con la cobardía del eufemismo, no parece ser incierto que los mártires, presuntos santos, y los héroes, supermártires, se juntan en un punto que la fe sitúa entre el Olimpo y el Empíreo.

Es con simpatía como acudo a la cita del altercado entre dos Generales en esta Cámara. No fue duelo a la espada sino a la pluma. Más bien fue encuentro, en la acepción de coincidir que tiene esta voz y no en la de chocar. Esos militares fueron don Francisco Tosta García y don Pedro Arismendi Brito, quienes discurrieron sobre el Congreso de Panamá, con motivo de la recepción académica del primero. Fue el criterio de ambos que el expresado Congreso y la independencia de Cuba y Puerto Rico pretendida por el Libertador fueron repulsados por celos del imperialismo naciente. Tal ingrata política elévala Tosta García a amenaza de la raza anglosajona en general, y propone en calidad de contrapeso al *equilibrio europeo*, nombre internacional de aquel peligro común, la formación del

equilibrio americano. Proposición salvadora, de cuya efectividad ha estado pendiente la diplomacia equitativa. Lo cierto fue que el imperialismo en ciernes de los republicanos del norte cuando estaba ganada la libertad por las repúblicas del sur, y la pasión de la revancha de la España desposeída y sus consocias de la Santa Alianza, firmaron la sentencia de muerte de la creación continental de Bolívar.

El doctor Cristóbal L. Mendoza en su elocuente discurso también de incorporación, meditado con alta visión de internacionalista y escrito en conciso lenguaje, al decidir con bien sentadas premisas sobre "El Sentido Lógico del Congreso de Panamá", sostiene que tal objetivo seguirá siendo el paladín del antiguo imperio colonial hispánico, "mientras nuevas mutaciones históricas no desvíen de su curso al porvenir la corriente que inició la Conquista y que luego afirmó la Independencia". No estaría fuera de quicio agregar que tales etapas no son sino dos de los tres hitos que señalan en la marcha de los siglos la orientación racial del nuevo mundo. El tercero es la Confederación, comprendiendo en él no sólo las tentativas geniales de Bolívar, sino las posteriores, de menos prestigio moral, en cierto, pero merecedoras de tomarse en cuenta en su carácter de manifestaciones de un anhelo esencial, y así mismo las propagandas y los efectos de cooperación y solidaridad en que ahora trajinan las cancillerías de estos países, ya casi títulos en nuestro derecho de gentes.

La dinastía lírica de los Calcaños, que aún relampaguea en el pretérito de la literatura patria, vibró aquí por labios de don Julio ya que no pudo trinar por los de don Eduardo. A menudo el apellido Calcaño mueve a una ficción. Maestros para el estro o en la tribuna o de la retórica, cualquiera que sea el efecto de la inspiración de algún miembro de esta esclarecida familia déjase entrever el dorado de la lira. Don Julio fue, quizás, el menos poeta de la estirpe, pero, sin duda, el sobresaliente en filología, crítica, historia, filosofía y lexicología. "Agotadas ya sus fuerzas en la lucha de una larga y trabajosa vida", según su propio lamento, ocupó esta tribuna hace más de siete lustros, con la elegancia de su porte, el reposo de su palabra, la claridad de su pensamiento y lo impecable de su decisión. Después de rendir la debida alabanza a la historia heroica, la deja en etapa cercana cuando a la religión, a la política y a la poesía se les asignaba una génesis común; denuncia que la persistencia en tal género afecta la moral de la historia, y se decide, en cierto modo, por una historia objetiva, que comprenda lo que forma la vida nacional de los pueblos. Es suyo este apotegma: "¡Pavorosa fuera la gloria si hubiésemos de recibirla siempre de la espada ensangrentada!". Da tinte sombrío a la admiración inconsulta de la heroicidad, y descubre en aquélla el motivo de la paradoja de Cicerón: "La historia es la mayor enemiga de la tranquilidad pública". Tal vez sea cavilosa la deducción. Porque si lo épico alucina, ello es estímulo, equipolencia de superación. De suerte que la historia viene a resultar factor espiritual que alienta para las grandes iniciativas de la voluntad y el sacrificio. No es aventurado, por tanto, pronosticar que el grado máximo de la cultura social lo marcará el hecho de que cada persona actúe con la constante aspiración de figurar en los anales. Quedará así sustituido el aserto de Michelet, "La historia es el triunfo incesante del hombre sobre la naturaleza", por algún otro que exprese ser más bien el triunfo del hombre sobre sí mismo.

De Eloy G. González se espera la grandilocuencia. Es el orador por antonomasia consecuencial de su bien consagrada capacidad. El público pende de su presencia en la tribuna en uno como preuncio del aplauso. No tuvo la fortuna de oírlo aquí en la oportunidad solemne de su primera vez, pero me imagino su triunfo. Recibido en nombre de la Academia por Saluzzo, éste, veterano en tales lides, confiesa sin rebozo haber leído

"trabajosamente" tanto el discurso como las dos mejores obras del mismo autor, que anota. El adverbio aplicado por contrincante de fuste es algo que obliga a poner mientes, a pesar de que la dicción de don Eloy jamás deja de ser atildada en torrentes de imágenes que seducen, de conceptos como en relámpagos que deleitan y convencen, aunque a veces sea por la hermosa sorpresa del deslumbramiento.

Con Bolívar por centro, hace González despliegue de perínclitos (Sucre, Urdaneta, Salom, Heres) y con ademán de zarpazo, al aludir a los sucesos políticos de 1826, hiere, con tildarlo, a Páez, de inverecundo. Es la piedra de toque para el brote polémico. Don Marco Antonio, enristrada la pluma, avanza firme en los campos de La Cosiata para abogar por la inculpabilidad del General Páez, y ya en plena distribución de su justicia denuncia que en la iniquidad del juicio el gran llanero, como el fogoso parlamentario francés, no halló jueces sino acusadores. La eterna tacha a los procesos que instaura la pasión.

En este lance tribunicio, de un detalle resultó el esclarecimiento de un punto histórico interesante; por cuanto los Trastornos del año 1826 al 1830 requieren ser atendidos por los dedicados al estudio de nuestra evolución política. Fue en ese lapso cuando empezó a hacerse sentir el querer popular, necesidad democrática, en aspiración a librarse de la influencia hasta entonces absoluta de los prohombres que regresaban de los campamentos libertadores cargados de laureles.

Después de contemplada nuestra evolución republicana por el método evolucionista que con pericia dominaba Villavicencio, el doctor Ángel César Rivas penetró, el primero, con la triple arma del infolio, el sentido analítico y la persuasión científica en la noche de la Colonia y la alumbró con su inteligencia. Tal vez no haya exageración en asegurar que su trabajo de incorporación es uno de los mejores de sociología histórica escritos en la América. En comunidad de miras (él lo confiesa) "Con los que conceptúan que la historia humana presenta numerosas y elocuentes analogías con la historia natural", Rivas acertó lúcidamente al deducir los orígenes de la Independencia de los factores que presidieron la evolución colonial. Esto, años antes, habría contribuido a disipar en Saluzzo la incertidumbre que lo inclinaba a explicar más fácilmente la aparición de la raza Conquistadora que la Libertadora, si él mismo no hubiese previsto que en el orden social reinante en la Colonia germinaban las ideas Emancipadoras. "¿Cuál de los próceres de Colombia —se pregunta— no creció al amor del hogar americano prendido en la lumbre del hogar de las Españas?" De la anterior interrogación emana, pues, la santidad de nuestros orígenes, al considerar que fue en el seno de la familia, en tálamos calentados por la fe cristiana, donde nació, tomó aliento y preparó vuelos el alma nacional. Oíldo, damas presentes: fueron vuestros corazones, los mismos que latieron en pechos de matronas hace trescientos años, los que forjaron al ciudadano que se armó de marcialidad para combatir por la Independencia y que ha permanecido en la espera de armarse con la ley para asegurar su libertad.

Con simpatías por Taine y Le Bon, el doctor Arcaya refutó al doctor Jesús Muñoz Tébar, matemático, sociólogo y político también esclarecido, a quien vino a reemplazar. Muñoz Tébar en su elogiado libro *El Personalismo y el Legalismo* hace depender el destino de los países indoamericanos de la sola influencia de las costumbres en tanto que su sustituto está por la preponderancia de la herencia. La argumentación del disertado polemista es, como todo lo suyo, contundente, tanto, que le imprime al proemio más interés que a la materia de fondo relativa a "la Insurrección de los Negros de la Serranía de Coro en 1795". Tosta García dio la contestación reglamentaria a Arcaya, rebatiéndolo. La mencionada disputa corresponde, bien se ve, a la rivalidad constante entre las fuerzas "ambientales y las

ancestrales", y me refiero a ella porque siempre es de actualidad, porque suministra argumento al tema que me ocupa y porque me da una vez más la complacencia de aplaudir a nuestro Arcaya, profundo en la consulta, franco en la convicción y noble en la réplica.

Por esta sala desfila también el doctor Vicente Lecuna con una proposición al parecer parcial, pero, efectivamente, de abarcadura patriótica. Observó él que "En ninguna de nuestras obras históricas se describen con propiedad las guerras de Bolívar", y advertido de los errores a que ello da lugar, principió la labor reparadora de que se ha hecho cargo con excelente resultado su bolivarismo integral, por analizar la campaña de Barcelona a Clarines en enero de 1817.

A tal labor de Lecuna, que merece los encomios del patriotismo, siguió la del General Eleazar López Contreras con su interesante libro Bolívar Conductor de Tropas. No existió mutuo acuerdo ni propósito deliberado sino espontánea concurrencia a alto propósito. Diré más; hubo oportunidad trascendental. Bolívar ya no necesita defensas; pero, como figura céntrica de la nacionalidad, es el ente, casi símbolo, a cuyo alrededor debemos velar los venezolanos para que no se agravie su fama con las pretensiones de tergiversar la historia, medio de que todavía se valen voceros inescrupulosos de exagerados nacionalismos.

No puede silenciarse en el presente relato la expedición simbólica que desde el Coquivacoa hizo a este recinto el doctor Alfredo Jahn en compañía de sus indios para comprobar "La Población Pre-histórica del Lago de Maracaibo". Al incorporarse, nuestro Humboldt vino asimismo a representar con legítimos títulos la etnología, la geografía, la geología y la botánica, ciencias auxiliares de la que es el objetivo de la corporación. Y, tanto como su pericia en las ramas anotadas pudo la Academia considerar tan feliz suceso como la reintegración del tataradeudo remotísimo, siquiera por el recuerdo, a la esencialidad del venezolanismo.

Aparentemente don Lisandro Alvarado no entró a la Academia por la puerta grande, si se atiende a la circunstancia de que su discurso de recepción se ciñó a tema que, de habérselo contestado don Francisco González Guinán, lo habría calificado de no genérico, según lo hizo, indebidamente, por cierto, con el de Monseñor Navarro. La observación pasa, en apariencia, repito, porque como don Lisandro era sobrado de erudición a menudo se le esperaba con profundas disertaciones. Para su figura intelectual no había, por otra parte, puertas pequeñas, porque lo grande era él mismo. Esta vez dice que "intenta considerar algunos aspectos del movimiento igualitario en Venezuela", y a fe que no lo intenta, sino que lo consuma. En Alvarado, por simple que sea la frase y común la observación, se manifiesta siempre la vastedad de su cerebro. "Las primeras tendencias igualitarias de los venezolanos —dice— fueron de orden económico." Probablemente no generalizó lo debido. Todas y en todas partes provienen de tal urgencia. Hace emanar los elementos conservador y liberal de la calificación de las castas tanto en los días de la Conquista como de la Colonia. Esto es interesante. Ya sabemos la responsabilidad que atañe en el desarrollo de la política a las dos banderías, ductoras o destructoras de nuestro destino. No es la oportunidad de dictar fallo definitivo. Leyendo en Alvarado su parecer sobre la inquietud que en los revolucionarios de 1864, es decir, en los federales, produjo el intento procolombiano del neogranadino general Mosquera, impónese establecer relación entre este suceso y lo que en concordancia con el primitivo plan de Bolívar dice el doctor José María Manrique en su discurso sobre la "Influencia de Venezuela en la Historia de la América Meridional". Cree este académico que la decepción que originó la disolución de la Gran Colombia fue la causa de la desconfianza en la efectividad de la república que ha

venido padeciendo el pueblo. La hipótesis, con algo de audacia, no es despreciable, siquiera para rebatirla llegado el caso. No habría de silenciarse entonces que en tanto un colega publicista de anteayer culpa a aquel fracaso constitucional de haber causado daño a la democracia, otro insigne colega de ayer esclarece que fueron los principales caudillos de las masas que guerrearon cinco años por aquellas conquistas igualitarias los que se opusieron a la reivindicación, en proyecto confederativo, del ideal político de El Libertador.

Otro elemento humilde como el indígena y ligado al destino nacional por raigambre que no lograrán destruir anomalías institucionales, acudió a hacerse sentir en el cuerpo que formamos. Ese elemento fue el pueblo. Vino con José Eustaquio Machado, quien, tan grande de aptitudes como de modestia, tomó asiento con la previa declaración de que su origen era "de la anónima legión de los que no datan". ¡Noble confesión de grandeza! Tal vez no datara para el vulgo y para la fatuidad, pero, para la percepción superior de los valores humanos, Machado gozaba de la aristocracia del talento y la honradez, que no es prerrogativa genealógica, sino divina. Con claridad de erudito y gracia de humorista desarrolla una tesis muy de acuerdo con su autocalificación, la del folklore venezolano; y con tacto que es don de los intérpretes de la emoción de las masas, con la observación perspicaz, la cita oportuna y la deducción diáfana, colma de satisfacción a sus oyentes con una oración de fondo vernáculo tan de nosotros, de nuestra Venezuela de la alpargata y el joropo, que, más que su presentación personal parece que realizara la del barro criollo, oloroso a selva, aireado de sabana, en la forma rústica y sufrida y asoleada del autóctono efectivo. Digno cooperario en el triunfante empeño de Machado fue el doctor Santiago Key Ayala, quien, con su habitual dominio del idioma al fiel servicio de su vuelo intelectual, alude a otras fuentes de sabiduría popular no desdeñables, entre ellas los villancicos y conocidos aguinaldos pascuales. "Fieles intérpretes —dice don Santiago—, de los mejores entre los documentos de nuestra alma nacional." Podríamos agregar los refranes. Ya alude a ellos don Julio Calcaño al hablar de la fábula, germen de la historia primitiva. El refrán es síntesis aguda de la actualidad mental ordinaria. A cada etapa de la conciencia pública corresponden dichos con los cuales se manifiesta chistosamente el sentido común de la multitud, y la sucesión de tales estados de espíritu son datos sencillos, pero puros, que interesan a la narrativa. En el cultivo de la paremia bastante ducho es el venezolano. Y la historia, al fin y a la postre, no es otra cosa que el andar del pueblo.

Tocóle primero al Pbro. doctor Ricardo Arteaga personificar al Clero en la Academia y lo hizo con memorable predicación sobre la "Ley Moral de la Iglesia"; pero al ingreso de Monseñor Navarro fue cuando la Iglesia entró de cuerpo entero. En este ilustre sacerdote fulguran las estrellas de los predestinados: energía, saber y moralidad; y ellas, vibrantes a impulsos de lo dialéctico que es su discurrir dejaron en ocasión solemne afirmado este lema: "El Clero, factor de Patria en Venezuela". La argumentación desarrollada por el método deductivo de que es hábil cultivador este escritor sagrado, revive la gesta apostólica y martirial del Colonizador religioso y su cooperación Libertadora. Provócame corroborarlo con la copia de lo que decía Morillo al Ministro de la Guerra, cuando, en oficio de 7 de marzo de 1818, clamaba porque con refuerzos de tropas se le mandasen teólogos y abogados. "Los curas —escribe— están particularmente desafectos, ni uno parece adicto a la causa del Rey." A esos méritos de "El Clero Factor de Patria" puede y debiera agregarse, para que sea completo el veredicto, la intervención piadosa que tuvieron siempre los prelados diocesanos y los párrocos en nuestras discordias civiles.

En la recepción del doctor Manuel Díaz Rodríguez, a quien contestó Gil Fortoul, prodújose pareo de estilos. Complementos de la armonía fueron el tema, Ayacucho y Sucre,

paradigma de pureza. Conocidos los personajes y los motivos, huelga el comentario tendente a demostrar que desde el primer párrafo de Díaz Rodríguez al último de Gil Fortoul el torneo fue rítmico. Tan singular encuentro parece desvanecer la presunción de que fuera sólo uno el sucesor de Cecilio Acosta en la personería de escribir precisa y preciosamente el castellano. La estilística puede inadvertir a Gil Fortoul por la razón de que el historiador y sociólogo que era él apaga en cierto modo al literato, en tanto que el caso de Díaz Rodríguez es a la inversa. El primero incluye al estilo entre los requisitos para el cabal trabajo histórico. No sólo lo incluye sino que lo eleva a condición suprema y creadora. Opino que está en lo cierto. Si el poeta "con cantar hace historia", según ese otro insigne hablista que es César Zumeta, no queda duda de que el estilo es, cuando menos, su elemento perfecto.

Aunque el laconismo léxico define la historiografía simplemente como el arte de escribir la historia, a ese arte le dan amplitud los pasos del saber humano; de suerte que lo que antes fuera oficio de archivistas y más tarde tarea de analistas, después vino a ser eficacia de letrados, por el concurso de ramas científicas diversas, entre las cuales la sociología y la psicología tienen importancia capital. Este raciocinio surge al meditar sobre las diversas cuestiones tratadas en el senado que constituimos, especialmente de aquellas que se presentan con originalidad, y que en apariencia parecieran no ajustarse a las severidades del claustro donde se venera la tradición. Una de ellas es la suscitada por don Pedro Emilio Coll y el doctor Juan José Mendoza. Asido de la quimera, hace aquél exaltación del lirismo en su sentido de utopía y eleva el ánimo al arrobamiento de comprender lo que vale la contribución de los líricos a los progresos políticos y sociales. La aplicación que hace de tal teoría a la gesta emancipadora es magistral, y sabía su advertencia de que "no hay que confundir el romanticismo frustrado con el idealismo resistente". La hermosa certeza de esto último resalta al ser observadas con tal visión las fantasías no realizadas de Miranda y las realidades soñadas por Bolívar. En la mencionada disquisición don Pedro Emilio, como siempre, con la fina, inimitable llaneza de su modo literario, huyendo del énfasis y del dogmatismo entra por el cauce de la sutileza a las más hondas filosofías.

El ilustrado mantenedor, don Juan José Mendoza, está en altura a tono con el recipiendario. Confuta no ser desfile de lirismo sino de idealismo el que desarrolla el bien denominado "profesor de la ironía", niega para Bolívar y Miranda la calificación de utopistas, y prefiere llamarlos Quijotes, porque este nombre no despierta en su espíritu "la idea del ridículo sino de lo sublime". ¿No es cierto que en lucubraciones semejantes, al parecer abstractas, lo mismo que en las anteriores relativas al estilo, y las de don Manuel Fombona Palacio concernientes a los "Caracteres Épicas de la Guerra de la Independencia", son aportaciones valiosas del elemento anímico a la historiografía, tan efectivos como las descripciones de hechos pasados, por más gloriosos que éstos sean?

Juzgo llegado el momento de que la galantería le imprima curvatura de reverencia al discurso para incorporar en este desfile a doña Lucila L. de Pérez Díaz. Antes de que el poder político le brindara a la venezolana curul en los Concejos Municipales, la entidad académica se lo ofreció en este paraninfo, y entró a ocuparlo por primera vez quien es de las primeras entre nuestras pensadoras. La honorable colega patrocina el progreso feminista del cual es ella, además de abogada, dechado; conviene, persuasiva, en el movimiento, pero, sensata, lo subordina al requisito de la oportunidad para impulsarlo. Ante las varias tendencias de la innegable simpática campaña, se pronuncia por el feminismo que es rehabilitación más que insubordinación.

Razonables y conciliadores son los términos según los cuales resuelve el apremiante conflicto nuestra distinguida Individuo. Líbreme Dios de no alistarme con fervor de sectario en el bando reformista. Más, tal proselitismo se ciñe a intensar la actividad particular y pública del ser dotado por la naturaleza de atributos para acompañar al hombre y no para suplantarlo. Quizá fuera lo discreto determinar que en realidad lo que más conviene al feminismo es que la mujer sea cada vez más mujer, antes que asimilarla al inadecuado y hasta antiestético tercer sexo, sección de ambiguos en la cual la flema de los ingleses asila a la vieja hombruna, a la fea indeseable y a la palabrera insufrible. En cuanto a capacidades no es ya detalle de discusión que el sexo que antes era débil las posee para mucho más que las ternuras y ocupaciones a que estaba circunscrito en el hogar. Los adelantos industriales, profesionales y artísticos en general, y en particular el esfuerzo mismo de la mujer moderna, afirman que no es el ser imperfecto que clasificara la severidad de los embriólogos. Más que ello y los signos antropológicos vale la sentencia de Rousseau: "Nunca serán los hombres otra cosa que lo que quieran las mujeres", y más aún la observación profunda de otro filósofo, de que "La mujer vacila menos que el hombre para hacer una buena acción". Vacilar menos que nosotros en actuaciones misericordiosas ¿no es, acaso, la esencia de la superioridad, lo superlativo del amor? Al igual que la señora Pérez Díaz se detiene a considerar que la oportunidad es factor que debe tenerse en cuenta para esforzarse por señaladas conquistas, la mía malicia anímase a alertar también a mis entusiasmadas compatriotas, sobre lo peligroso que es ilusionarse con ciertas promesas de sólo apariencia sin base alguna de efectiva liberación. Fiarse de ellas equivaldría a la candidez de creer haber desmentido el dictorio de Schopenhauer: "La mujer es un animal de ideas cortas y cabellos largos", con sólo andar, como ahora lucen, con la trenza recortada.

En los anales de esta Academia figuran en sitio de altísimo mérito los trabajos de incorporación de colegas que lo hicieron con obras inéditas hasta entonces. Por ejemplo, Briceño-Iragorry, Dávila, Parra León, Perera, etc. Trabajos de innegable importancia, no se concretan, sin embargo, a determinadas tesis en el sentido de que contribuyan a confirmar la de mi discurso. Por ello no las hago objeto de especial comentario, además de que éste, respecto de ellas, tendría que ser extenso. Y a no impedírmelo la prolijidad que estoy obligado a observar, ocupárame también con mucho gusto, como valiosa contribución para este resumen, de todos los demás discursos pronunciados aquí en distintas épocas, especialmente de los que se contraen a los siguientes asuntos: la "Apología del Mariscal Sucre" por el general Jacinto Regino Pachano, la "Insurrección de las Colonias Americanas justificada por el Derecho, la Filosofía y la Historia", por el doctor Teófilo Rodríguez, las "Elucubraciones sobre el carácter de la Historia" por el doctor Ezequiel M^a González, la "Filosofía de la Historia" por el doctor Manuel A. Diez, la "Intervención de Bolívar y del ejército de Colombia en la independencia del Perú" por el doctor Jesús Muñoz Tébar, la "Psicología de la lenta Incorporación de Maracaibo al Movimiento Revolucionario de la Independencia" por el doctor Rafael López Baralt, el estudio sobre nuestra raza de don Francisco Jiménez Arráiz, el "Bolívar del doctor Rafael Cabrera Malo, "La pérdida de la isla de Trinidad", trabajo, por varios títulos notable, de don Andrés F. Ponte, la "Genealogía de Sucre" por don Felipe Francia, "El Bolivarianismo de Juan Vicente González" por don Luis Correa, que tiene "una sugestión de tiempos clásicos", según Eloy G. González, "La Inteligencia de Bolívar" por Rufino Blanco-Fombona; el documento de enciclopedia "La Influencia de los Cabildos en el desarrollo del espíritu de nacionalidad" del erudito don Luis Alberto Sucre; el interesante y bien documentado trabajo del doctor Plácido Daniel Rodríguez Rivero relativo al "Origen y Desarrollo de San Felipe, El

Fuerte”; el “Panegírico de Caracciolo Parra” por el doctor Cristóbal Benítez; y “Oviedo y Baños y su Historia”, obra de don Julio Planchart, meditada con conciencia de anlizador y exuesta con purismo. Planchart es, antes que todo, crítico; es decir, lo que escasea en Venezuela muertos Julio Calcaño, Luis López Méndez, Gonzalo Picón Febres y Jesús Semprún. Estaba, por consiguiente, Planchart, apto para el buen éxito en el caso en que lo aplaudo. ¿Qué otra cosa viene a ser el historiador sino un crítico con criterio universal?

Señores:

Por respeto a vuestra paciencia, debo suspender la revisión de la serie de discursos pronunciados en los cincuenta y seis años que cuenta esta Academia, colección que, dicho sea de paso, merece que se imprima en tomos que coordinen su importancia. Por supuesto que no he consultado en los impresos sino ligeramente. Hubiera sido inadecuado para una simple perorata como la mía el estudio el total y la alusión pormenorizada a su valioso contenido. Víme constreñido, pues, a no valerme sino de citas salientes, escogidas por la peculiaridad de las materias antes que por la nombradía e los autores. El fin, ya se ha visto, ha sido el de patentizar que en la Academia Nacional de la Historia han merecido atento examen y cordial acogida todas las doctrinas acordes con el mandato cultural que ejerce. Se han discutido los más variados en interesantes temas, en elevada forma, con amplio criterio. Lejos de ser, pues, institución retrógrada, exclusivista e innecesaria, es progresiva, altruista y útil. La zahieren los que la malquieren o la ignoran, y hasta pude acontecer que la repulsen... los que no la merecen.

Ente los Individuos que ha dejado hondas huellas a su paso por esta docta Corporación figura el doctor Diego Carbonell, no obstante haber sólo actuado en el reducido lapso de dos años. Fue él, sin embrago, andante académico. Desde joven se dedicó a la lectura y a la investigación, formóse así una conciencia de principios, y con ella se movió sin descanso en su laboriosa existencia, dio a la bibliografía más de treinta volúmenes, y profusión de ensayos y artículos, todos enjundiosos, no abandonándola ni en su lecho de enfermo, cuando, con agotamiento físico pero sin fallas mentales, daba los retoques a una obra, en compañía de su hija, heredera de su talento. ¡Oh, María de Lourdes, Dios bendiga tu efigie de ángel que en la postrimería de tu padre le ayudaste a bien escribir y a bien morir!

El caso de Carbonell es el típico de la voluntad devota del estudio, del inagotable hábito de contextualizar, de la animosa vocación para doctrinar. En su ser convivía el catedrático innato, y con asimilación de conocimientos que sorprende y asombrosa perseverancia en el escribir, se acerca a todas las cimas de la sabiduría y se hace su divulgador, como si rindiese fidelidad a alguna recóndita disciplina de iluminar. Respecto de él y de su noble idiosincrasia débese reconocer que marcan la diferencia que existe entre el científico y el pedante. Fue pontífice de las ideas, y de este trono jamás abdicó para caer en la petulancia.

Carbonell entró en el campo de las letras con un augusto epiléptico a hombros. Pesada carga que se la hicieron tremenda los reproches de los sorprendidos y las espinas del camino. Dócil a la moda del pensamiento, suerte de intuición a que parecen obligadas las impaciencias juveniles, le hizo el diagnóstico retrospectivo a Bolívar y lo enfermó del morbo comicial. Yo fui de los primeros en apedrearlo. De la agresión, sin embargo, no nació el resquemor sino la cordialidad. Generoso él en su senda de conquistador científico, y agradecido yo en mi medianía, nos mirábamos siempre con el pensamiento y nos

tendíamos las manos en la línea recta que va al corazón. En alguno de sus primeros libros, a Lisandro Alvarado y a mí nos hace la distinción de aclarar que fuimos dos contendientes que no lo vituperamos; y en día cercano a la crueldad de su dolencia me sorprendió con una carta (la guardo como su generosa despedida) en la cual me brindaba el honor de que le prologase una obra. Su incurable enfermedad no le dio tiempo siquiera para enviarme los originales, y ¡quién iba a pensar que el prólogo que me preparaba a escribir con el temor de mi incompetencia pero con profundo cariño, iba a quedar reducido al triste deber de estos párrafos consagrados a su memoria...!

Colegas Académicos:

Al dejar la tribuna paréceme que asciendo en vez de descender. Porque voy a ocupar puesto entre vosotros para veros trabajar de cerca por la ciencia y por la Patria. No os prometo colaboración, sino compañerismo, conocimientos sino reconocimiento. Mi gratitud, inmensa, es lo único con que puedo corresponder a vuestra generosidad. No obstante mis años ya largos, puedo ofreceros algo más: juventud. Juventud intelectual, se entiende. No es jactancia. A nadie puede tachársele de necio porque se consuele con la ilusión de que todavía la mente le es fructuosa. Además, las ideas no envejecen. Un joven pesimista vegeta en el osario de las sensaciones caducas, en tanto que el optimismo encanecido da a la frente frescura primaveral.